

La instalación de los jesuitas en la ciudad tropezó con el rechazo de un sector del vecindario y también de algunos periodistas, vinculados sobre todo al republicanismo o la masonería local. En otras poblaciones de España había sucedido lo mismo y seguiría ocurriendo. En Gijón, se libró una batalla ideológica durante el año de 1882 que tuvo en la prensa uno de sus escenarios fundamentales.

No por casualidad, la expresión «cuarto poder», cuyo origen se atribuye a Edmund Burke, se afianzó precisamente a lo largo del siglo XIX. Pocos desconocían la gran influencia que los periódicos ejercían sobre la opinión pública y unos y otros la utilizaron para combatir al adversario.

El aumento de la instalación de órdenes religiosas los primeros años de la Restauración se debió a varios factores, entre los que sobresalen el marco político favorable, determinado por el nuevo orden constitucional de 1876, y también el impulso secularizador de la Tercera República Francesa. En palabras del historiador Julio de la Cueva Merino, en estos años se produjo «la gran recuperación de las órdenes religiosas», que trataron de ejercer su apostolado mediante la predicación, la enseñanza y la beneficencia. Asturias no fue una excepción. A comienzos de la Restauración, el aumento de esa presencia fue evidente, y no cesó en momentos posteriores. Según las estadísticas diocesanas de Oviedo, cuyos datos recabaron investigaciones como las de Julio Vaquero Iglesias, entre 1894 y 1902 el clero regular asturiano creció un 60%.

En España, buena parte de los republicanos y algunas otras ramas del liberalismo avanzado reaccionaron por el aumento de una presencia que tildaban de «inquietante». Trataban de mostrarlo con cifras que, independientemente de su exactitud, cabían en quienes compartían sus ideas y eran testigos de la constante llegada de nuevas órdenes religiosas a las ciudades. Un argumento muy socorrido entre los demócratas consistía en relacionar sus efectivos con la pobre cantidad de maestros nacio-

SERGIO SÁNCHEZ COLLANTES
DOCTOR EN HISTORIA E INVESTIGADOR
DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

EL ANTIJESUITISMO EN LA PRENSA AL INICIO DE LA RESTAURACIÓN



nales. El médico Eladio Carreño, dirigente del republicanismo federal gijonés, denunció en 1880 que «frailes y jesuitas crecían en número de una manera asombrosa y temible».

Pero las críticas a los jesuitas no se dieron solamente en la prensa política abiertamente republicana, sino también en otros periódicos monárquicos liberales en los que colaboraron republicanos y masones que profesaban anticlericalismos de grado variable.

Noticias en EL COMERCIO

El diario EL COMERCIO ilustra bien este supuesto a principios de la década de 1880, particularmente en la sección de noticias locales, que redactaba sin firmar el gacetillero Celestino Margolles. Se trataba de un republicano muy conocido en la villa que, además, pertenecía a la masonería local. Piloto retirado, figuró en la directiva de la Sociedad de Socorros Mutuos de Navegantes de Gijón y trabajó en la empresa de Óscar Olavarría, uno de los fundadores de EL COMERCIO y simpatizante, también, del republicanismo (en concreto, de la tendencia que representaban Nicolás Salmerón y muchos profesores de la Institución Libre de Enseñanza).

Desde las columnas del diario, Margolles emprendió una batalla personal contra las órdenes religiosas, mientras que el clero secular no fue objeto de reproche alguno por su parte, más bien al contrario. Las alusiones que dedicó al tema se pueden rastrear incluso antes de la venida de



los jesuitas. A comienzos de 1881, por ejemplo, celebraba la siguiente peculiaridad de Gijón: «En este pueblo no ha sido posible, ni antes ni ahora, el establecimiento de una comunidad de frailes». Pero en 1882, cuando los jesuitas llegaron a la villa y el ayuntamiento decidió cederles unos terrenos, el cronista local empezó su campaña y rechazó de manera terminante su instalación: «No los queremos», dijo abiertamente.

A lo largo de ese año, deslizó en

sus gacetillas comentarios antijesuiticos de lo más rotundos. Acogió la noticia de su llegada «con verdadera pena» y opinó que Gijón se había convertido en su «puerto de refugio» frente al vendaval que sufrían en Francia. Los consideraba un «elemento perturbador y de discordia», al tiempo que decía que la ciudad estaba «de pésame» y que ojalá no padeciese «la funesta influencia de tan peligrosa vecindad». Llegó a preguntarse: «¿A dónde vamos a parar con tantas monjas y tantos frailes?».

Todavía en 1883, cuando su presencia ya era irreversible, siguió vertiendo alguna censura dirigida a sus prédicas y misiones, dejando entrever que, pese a todo, profesaba la religión católica: «Como tenemos hijos, que enviemos a la iglesia para que allí se les enseñe a respetar y amar al prójimo, según manda la doctrina de Jesucristo, nos duele mucho oírles contar lo que allí oyen». Les acusaba de explicar «cosas muy peregrinas» a los niños y educarlos en el odio hacia quienes practicaban otros cultos: «Nada les importa si Lutero tuvo ciertas faltas que a personas mayores no nos gustaría conocer, si los que no profesan nuestra religión son unos... palabras que no podemos transcribir». Hasta invocó tácitamente a Jovellanos: «Y pensar que hubo un tiempo que en Gijón no cuajaban los hábitos, como escribía a sus íntimos el más ilustre de nuestros paisanos».

Fue cuestión de tiempo que las críticas desaparecieran de las páginas de EL COMERCIO. Ese antijesuitismo visceral ya era historia cuando empezaron las obras del colegio en 1889. Aquellos días, sus páginas hablaban con benevolencia y aun con cierta simpatía de «los infatigables hijos de Loyola». Ello no se debió a la salida de Celestino Margolles del periódico, pues todavía en 1890 era llamado «compañero de redacción». Y el entonces director, Calixto Alvar-gonzález, también era republicano. Pero lo cierto es que, más allá de las ideas abrazadas por quienes trabajaban en ella, nada tenía que ganar con semejantes juicios una empresa periodística que, a diferencia de los ór-

ganos de los partidos políticos, aspiraba a captar al mayor número posible de lectores.

En otros escenarios, las disputas ideológicas no cesaron. Mientras se levantaba el colegio, en julio de 1889, los masones de la logia Amigos de la Humanidad, en la que había periodistas republicanos como Antonio Riera, lamentaban que los jesuitas hubieran «escogido a Asturias por teatro de sus hazañas», y los definían como unas «hordas vandálicas del oscurantismo, que tienen aprisionada a la sociedad con los lazos de la superstición, del fanatismo y de la ignorancia, y que intentan ahogar todo suspiro de amor, todo gemido de libertad, todo destello de luz».

Tampoco desapareció entretanto el antijesuitismo de la prensa republicana, en la cual, usando diferentes tonos –según la orientación precisa de sus impulsores–, se continuó defendiendo la plena libertad religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado, lo que comportaba entrar en agrias polémicas y fustigar a quienes las rechazaban vivamente.

Doctrinas «podridas»

A mediados de los ochenta, incluso el periódico Gijón –valedor de un republicanismo más tibio– consideraba a los jesuitas «pemiciosos en todo» y trataba de ilustrar su fanatismo con las quemadas de libros que se les atribuían. Y a finales de esa década, el semanario federal El Grito del Pueblo identificaba a «los soldados de Loyola» con «las podridas doctrinas del absolutismo».

Mientras, en Oviedo, el rotativo La Verdad se refería jocosamente a «Los chicos de San Ignacio», aplaudido por la prensa anticlerical de Madrid, que se hizo eco de sus dardos: «Están dando allí bastante juego». Al llegar el nuevo siglo, el director del periódico federal La Nueva Región, Pedro Pitiot, consideraba que debía «pedirse la expulsión de todas las órdenes». Tenía, pues, dilatados antecedentes el hecho de que el Ayuntamiento gijonés, al proclamarse la República de 1931, tomase la delantera en pedirle al Gobierno la supresión de la Compañía de Jesús.

«Busco la salvación a través del amor. Soy un admirador de las mujeres»

Jaime Federico Rollán presenta hoy en el Ateneo Jovellanos su poemario 'Última carta a Katherine'

:: A. V.

GIJÓN. «Era un mayo cuajado de gaviotas / con la mar más azul para encontrarte». Jaime Federico Rollán le dedicó esos versos a su mujer, Carmina, una leonesa con la que está a punto de celebrar sus bodas de oro, evocando su primer encuentro. «Nos enamoramos en Gijón en mayo de 1964». Y hasta hoy, medio siglo después. «No hay secretos para que dure. Es un misterio».

Aunque, en realidad, cuenta este «gijonés de pro» nacido en 1933 en la calle Instituto, toda la poesía que sale de su pluma es para ella, para Carmina, con la que no ha tenido hijos. «Y eso que mi bisabuelo paterno, Celestino Junquera-Huergo, el de la calle, tuvo 24. Y todos con la misma», se ríe francamente.

Imaginan bien: Jaime Federico Rollán es un romántico. «Neorromántico», le ha definido la catedrática María Elvira Muñiz, más exactamente. Y la poesía vive en él como una necesidad que siempre termina imponiéndose desde que empezó a escribir, con 18 años. Siempre con el mismo objetivo: «En todos mis poemas busco la salvación a través del amor y su extensión: la amis-

tad. Soy un admirador de las mujeres, de los personajes femeninos».

Una prueba es que su séptimo y más reciente poemario, titulado 'Última carta a Katherine' –publicado por Eolas Ediciones y que hoy presentará en el Ateneo Jovellanos a las 19.30 horas– está dedicado Katherine R. Whitmore, «la gran amada de Pedro Salinas, una mujer de belleza extraordinaria para la que escribió la mejor trilogía de amor de la poesía española del siglo XX».

La historia es apasionante: Katherine nació en Kansas en 1897. Hispanista, viaja a Madrid en el verano de 1932, momento en el que conoce al poeta, a cuyas clases sobre literatura en la Residencia de Estudiantes asiste y «se queda embele-



Jaime Federico Rollán Ortiz, ayer, con su poemario. :: J. PAÑEDA

sada». Poco más tarde, la esposa de Salinas, Margarita Bonmati, descubre la relación e intenta suicidarse, pero ni el exilio ni las censuras pudieron con aquello que Salinas sentía por la profesora americana.

«Con ella, mantuvo una apasionada correspondencia entre 1933 y

1947» que ahora este otro poeta –además de medievalista, pintor y miembro correspondiente del Real Instituto de Estudios Asturianos, con más de veinte monografías de ensayo editadas– continúa. A veces, pensando en Katherine. Las más, en Carmina, dos «razones para vivir».